

# LA SEMANA ILUSTRADA



10 CÉNTIMOS

N.º 95

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—El monte de las Angustias, por Juan Pérez Zúñiga.

(Léase en las planas 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> de este número.)

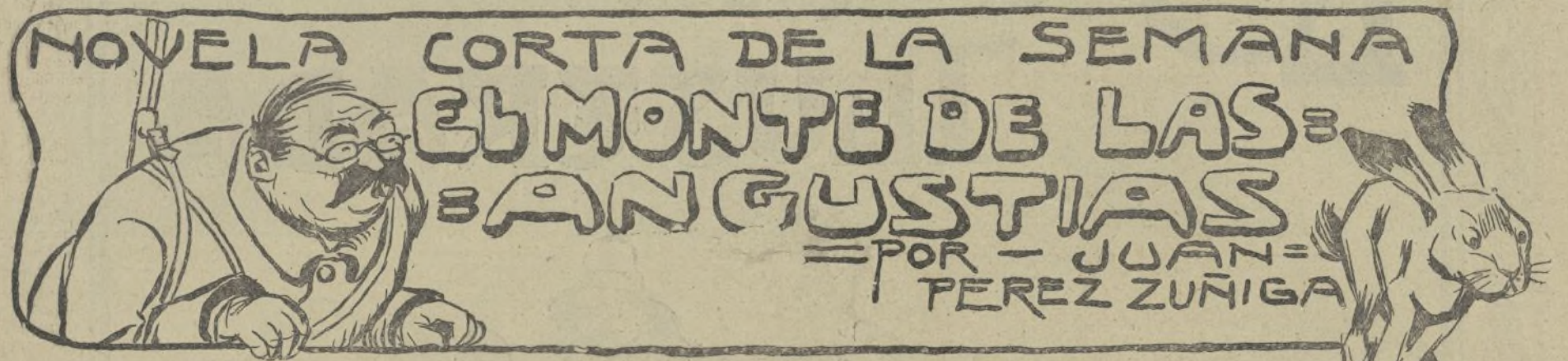
# La Semana Ilustrada

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año III.

Madrid, sábado 20 de Febrero de 1909.

Núm. 95.



Agapito Cervatana estaba casado por su párroco y por su desgracia con una pantera que tenía figura de mujer y atendía por Bárbara.

No es laudable, según la opinión general, que un hombre sea infiel á su señora; pero cuando ésta es como Bárbara, de la raza felina, peor que se conoce, alguna justificación puede concederse á la conducta irregular de la víctima.

Ella es que el bueno ó, por lo menos, el mediano de Agapito, harto de barbaridades, habíase conglomerao con una modista fresca, cuyo carácter, por cierto, tampoco era un modelo de suavidad. Llamábase Prudencia Salmonete; hacíase denominar por sus parroquianas *Madame*



*Poisson*, y vivía con cierto desahogo merced á sus excelentes hechuras y á las dádivas de Agapito, á quien creía más soltero que todas las cosas.

«Era á principios del ardiente Julio» cuando aconteció lo que fielmente paso á relatar.

Cada uno de los tres personajes aludidos hallábase á la sazón en población distinta.

Agapito Cervatana, amarrado al pesebre burocrático, sudaba, tinta en el chicharrero de Madrid, sin poder ni aun asomar las narices fuera de puertas mas que los domingos, y eso que las tentas de tal calibre que á su lado las de Sánchez Toca eran un caramelo de los Alpes. Su afición á la caza tenía, pues, que contenerse dentro de los límites dominicales, y menos mal que cada expansión cinegética á ocho días vista le hacía sobrelevar con amable resignación el rigor de la canícula y la ausencia de ambas mujeres.

Bárbara se hallaba pasando el mes *cabe* una hermana que residía en Vigo, y Prudencia veraneaba en San Sebastián entre sus más distinguidas clientes madrileñas, pues no desconocía la eficacia de tal sacrificio para la conservación de su acreditado cartel.

En este estado las cosas, y en vísperas de dos días de fiesta consecutivos, ocurriósele al respetable jefe de Cervatana invitarle, juntamente con otros dos amigos suyos (Juanito Camarón y Silvestre Rodillo), á una partida de caza en el monte de las Angustias, de que era dueño y señor.

Agapito, que sólo esperaba pasar en Madrid los dos días de fiesta sa-

mido en el más caluroso de los aburrimientos, acogió la invitación de la Superioridad con visibles muestras de regocijo, y hasta tal extremo se le perturbó el juicio con la alegría, que en varias Reales órdenes que redactó la víspera del viaje puso Hacienda con *hache* y Balance con *be*, cosa que el muy zopenco no solía hacer sino en contadísimas ocasiones.

Llegó la tarde del sábado. Partía el tren á las ocho, y poco después de las cinco hallábase Cervatana, embutido ya en su traje de cazador, dedicado á escribir una carta vulgar á Bárbara, según lo hacía diariamente, refiriéndola lo que había comido y á quién se había encontrado

en la calle, y otra epístola rebosante de pasión á la modista, que le tenía sorbida gran parte del seso.

Temblando de júbilo ante la idea de la partida y ballándose en la imaginación los conejos y las perdices, metió Agapito las cartas en otros tantos sobres, dirigidos, respectivamente, á Vigo y á la capital *danostierra* (como la llamaba el ama de gobierno, *sede vacante*, que Agapito tenía para andar por casa), y esta excelente ama se encargó de llevar las cartas al correo pocos minutos después de salir el infiel cazador con rumbo á la estación del Mediodía.

Un cuarto de hora antes de la salida del tren correo ya estaban fu-



mando, reunidos en un departamento de no fumadores, D. Cenón de la Goma, Juanito Camarón, Silvestre Rodillo y Agapito Cervatana, acompañados de sendas escopetas y de tantos morrales como individuos.

Nada de particular ocurrió durante el viaje. Versó la conversación

sobre políticos ilustres, sobre animales silvestres, sobre artistas de ópera y sobre accidentes ferroviarios, hasta que, agotados los temas cerca ya de Jadrague, comenzaron los cuentos, ocupando el segundo lugar de la serie uno muy chistoso que contó D. Cenón relativo al cambio de sobres llevado á cabo por cierto escribiente.

Oírlo Agapito y adquirir en su organismo la titulación de un timbre eléctrico y en su faz la palidez de un cadáver en salsa, fué todo uno. La duda le escarbaba en el cerebro y le mordía en el corazón.

—¿Qué es eso, amigo Cervatana? —le preguntó Rodillo, dándole dos golpes en el hombro izquierdo y poniéndosele derecho.

—Nada, no es nada... quizás vapores del estómago —respondió Agapito procurando disimular.

—¡Hombre! —repuso el jefe—. ¡A ver si nos agua usted la fiesta!

—No quisiera —balbució Cervatana.

—¿Siente usted algo? —preguntó Camarón.

—Sí, señor. Siento haber merendado unas cartas; digo, unas croquetas que sin duda estaban algo... trastrocadas... es decir, algo crudas, y... En fin, voy á ver si cerrando los ojos y recostándome un poco en el morral de D. Cenón se me pasa la...

Lo que el pobre Agapito quería era esquivar las explicaciones, porque las palabras se le atascaban en el garguero y el estado de su ánimo no le dejaba ser dueño de sí.

En medio del asombro y de la compasión de sus camaradas, quedose traspuesto, revitiendo como en sueños palabras aporras inteligibles.

—¡Malcitas cartas! —murmuraba entre dientes.

—¡Hola! —exclamó Camarón—. ¡Este socio ha jugado anoche y ha perdido!

—No es raro que esté así —añadía Rodillo.

—¡Pero si venía tan contentol... —repuso el jefe tomando el pulso á Cervatana, que de resultas dió un respingo y metió un pie á Rodillo por la boca del estómago.

—Pronto llegamos al apeadero —dijo Camarón—, y quizá el alreico fresco de la noche le alivie. Esta reflexión y la esperanza de que no tardaría en poder prestarle auxilio el hijo del guarda, que era un excelente veterinario, animaron á los cazadores considerablemente.

Diez minutos después el tren hacía brevísima parada en el apeadero del monte, y los cuatro excursionistas echaban pie á tierra y se dirigían al perruno *sleeping* del furgón de cola, en donde movían la suya cuatro impacientes canes.

Recogidos éstos, se encaminaron los cazadores al próximo paso á nivel, y allí montaron en una jardinera que les esperaba para conducirlos á la casa del monte.

—Aquí hay que espabilarse y hacer de tripas corazón —dijo para su morral el bueno de Agapito, y á costa de un supremo esfuerzo fué recobrando la perdida tranquilidad,

con gran contentamiento de sus colegas.

Pero ¡ay de él!, sólo en la apariencia podía recuperar la calma. Por dentro andábase la procesión, y no daba pie con bola en cosa alguna de las que hacía. Cada paso era un gazo para el preocupado cazador, tanto, que durante las horas de juerca cinegética no dejó de ser Agapito



el objeto preferente, ya de la diversión, ya del asombro, de D. Cenón, D. Juanito y D. Silvestre, quienes llegaron á dudar de que el pobre Cervatana estuviera en sus cabales.

A pesar de sus esfuerzos, iba en el carruaje como pudiera ir un saco de arroz ó un maletín con dos mudas.

—¿Se marea usted? —le interrogó uno de sus compañeros tirándole de las narices.

—Ahora amanece muy temprano —respondió el infeliz.

—¿De qué sistema es la escopeta de usted? —preguntóle otro.

—Yo suelo almorzar tarde —contestó Agapito.

La extrañeza de los cazadores iba subiendo de punto, y hubieran cambiado entre sí más de una mirada si la luz de las estrellas hubiera tenido la amabilidad de permitírsele.



Más bien silenciosos que locuaces, llegaron los cuatro á la casa del monte. Agapito sonreía estúpida-mente cuando lo requerían las circunstancias, y aun cuando no lo requerían, pues deseaba disimular su estado de ánimo, sin comprender que sus inoportunos esfuerzos daban á las sospechas más y más *pábilo*, como hubiera dicho el ama de llaves del interfecto.

La mujer del guarda tenía preparados á los cazadores sendos tazo-

nes de café con tostadas de manteca, y todos tomaron con avidez el desayuno, menos Agapito, que al fijarse en la guardesa hubo de advertir en ella rasgos de Prudencia (de Prudencia, la modista), y á duras penas pudo tragar cuatro sorbos del humeante líquido, pero sin consentir que le dieran la tostada.

—¡Ea, caballeros! —dijo D. Cenón limpiándose el bigote y repartiendo pitillos á los compañeros—, comienza el alborar, y no es cosa de perder tan oportuna ocasión para disfrutar del campo. Cojamos, pues, las armas conejicidas, y á ver quién es el primero que coge una liebre por esos vericuetos. ¿Qué tal, amigo Cervatana, viene usted animado á eclipsar nuestras glorias cinegéticas? Aquí no sirven fanfarronadas de cazador andaluz. Ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—¡Las cartas! —murmuró Agapito para su canana.

Y qué cara no pondría al mismo tiempo, que D. Cenón no pudo menos de añadir, señalando desde la puerta un lejano grupo de árboles:

—Vamos, espabilense y mire desde aquí la ruta que vamos á llevar. ¿Le parece á usted bien que comencemos doblando los alcornoques y siguiendo hacia el Este para hacer boca?

—Usted verá, mi querido jefe —respondió Agapito á media voz—. Difícil me parece que doblemos los alcornoques, y respecto á seguir hacia el Este, lo dejo para mi regreso á Madrid, en donde sin duda terminará mis días rápida y acaso violentamente.

—¡Hombre, qué atrocidad! ¡Yo

creía que fuera de su negocio no diría usted desatinos!

—Perdóneme usted, don Cenón; pero...

—Vaya, vaya, señores —dijo el rey de aquellos dominios—, empuñemos las escopetas, y á ver si continúa siendo cierto aquello de que

«Al salir el sol, canta la perdiz.»

—¡Pistonudo cántico! —exclamó con entusiasmo Silvestre Rodillo—

¿Usted le cambiaría por el de Titta Ruffo?—preguntó á Cervatana, que estaba ensimismado chupándose el dedo en el quicio de la puerta.

—¡Yo soy capaz de cambiarlo todo!—respondió Agapito suspirando. Y después de provocar repetidas miradas de extrañeza en sus colegas, siguió á éstos en su salida al campo, no sin haber antes cogido distraídamente el paraguas del guarda por coger la escopeta.

El monte de las Angustias, denominado así porque su primera guardesa y una hija de la misma sufrieron ese nombre, no era una finca de poco más ó menos, sino una soberbia heredad que á D. Cenón había legado su tío Segundo, que á la vez fué su tío carnal.

Allí había encinares, pinos y chopos, más olivas que en el huerto de Gethsemaní y más alcornoques que en cualquier salón de conferencias.

Su extensión era grande, y hasta un riachuelo de pretensiones modestas lamía bondadosamente la parte más baja de la finca, ofreciendo á sus visitantes ocasiones repetidas de reirse de los peces de colores, los cuales abundaban de tal modo bajo la lina cristalina, que para hacerse con ellos era inútil artefacto la caña vulgar; bastábale al guarda llamar á los escamados animalillos como se llama á un gato para que salieran á la orilla inmediatamente.

En el monte, más lleno de bocas que la Isla, surgían las liebres por doquier, agazapábanse los gazapos al paso de los cazadores, centenares de perdices mostraban sus patitas rojas y cantaban á golpes las cornices sencillas, bien ajenas al golpe final que les aguardaba.

—¡Miren ustedes qué bando!—exclamó Camarón, señalando á un punto no muy lejano de allí.

—¿Dónde está el bando?—preguntó Agapito, acordándose del conde de Peñalver.

—A la derecha—respondió el descubridor de aquel apetitoso escuadrón de perdices.

Los cazadores, sin acuerdo previo, se espaciaron convenientemente, y pocos minutos después tres disparos turbaban el silencio del monte.

Don Cenón y sus amigos habían hecho fuego sobre el bando.

Agapito, por su parte, no había conseguido, como es lógico, disparar el paraguas del guarda, y andaba como un palomino atontado, dando tropezones en las grietas del terreno y en las olorosas matas que á trechos lo cubrían.

Lo que hubiera dado el pobre Cervatana por poder disparar siquiera su apellido para no quedar mal ante los compañeros de excursión!

Las primeras sonrisas del Sol fueron para el pobre Agapito.

El guarda le consideró desde luego como un cazador loco, y cada uno de los amigos, tomando direcciones distintas, metióse en faena por su cuenta, y maldito si se ocupó de Cervatana. Harto le preocupaba la escopeta á cada cual.

*Cierva*, que así se llamaba la perra de Agapito, no era la última en sonreirse de su amo, á quien á veces ladraba como censurando su extraña conducta.

Cuanto más iba el día avanzando, las piernas de nuestro hombre, ya flacas de suyo, iban flaqueando más y más, hasta que el pobre hubo

de sentarse en una piedra, limpiarse la horchata que, á manera de sudor, le manaba por los poros, y sumir cada vez con mayor angustia su imaginación en la idea generadora de las terribles zozobras que le conturbaban el ánimo.

—¡Bárbara!... ¡Prudencia!...—exclamaba sin cesar ante las miradas de la *Cierva*, que movía el rabo y estiraba las orejas como diciendo á su amo:—¿Qué mil diantres hacemos aquí?

Cada disparo que sonaba produ-

La hora de las doce, señalada por don Cenón para la comida, sonó simultáneamente en el reloj de la casa del monte y en el estómago de los expedicionarios, y éstos no tardaron en acudir al comedor de la casa, donde ya les aguardaba el revuelto Agapito con la cara lívida, la perra malhumorada y el apetito cerrado, no por la inquietud de la *Cierva*, sino por la de su propio espíritu.

Con toda la algazara que tres personas formales pueden armar, penetraron en la estancia, dejaron sobre

ponían á continuar la cacería después de una *sobremesa* que ni las de Benavente.

Pero ¡ah! (como dicen en las novelas), cuando en la conversación hubo un momento de silencio, la mujer del guarda, personándose nuevamente en el comedor, dió al traste sin querer con los planes de aquella buena gente.

—¿Qué ha ocurrido por aquí desde el otro día?—preguntó D. Cenón á su montaraz esclava.

—Por aquí, nada, señor. Dondi



cia en la perra un estremecimiento y la arrancaba un sollozo, y Agapito, en tanto, consagrábase, reloj en mano, á pedir al Altísimo que transcurrieran las horas rápidamente y á darle gracias por haber cogido el paraguas en vez de la escopeta, pues con ésta en la mano y el desasosiego en el alma, seguramente alguno de los perros ó quizá de los amigos hubiera celebrado la más inesperada recepción de perdices en la región más glútea de su individuo.

Pero las horas transcurrían con lentitud mortal para el desventurado Cervatana, que veía en lontananza el instante de la comida tan lejano como cualquier español cuerdo puede ver el del *début* de la nueva escuadra.

—¿Habrá cogido á estas horas mi mujer la carta de Prudencia? ¿Habrá leído Prudencia la de mi mujer? ¿Qué barbaridad se le habrá ocurrido á mi Bárbara? ¿Qué imprudencia feroz á la Prudencia mía?

Este grave autointerrogatorio que se hacía el infiel Agapito á la sombra del paraguas del guarda y al son de los gruñidos, ya un tanto agrios, de la *Cierva* obligaban al cerebro de la víctima á competir en el número de vueltas con el tiovivo más acreditado, mientras ocurríale lo mismo á la viscera correspondiente con el poco de café que había ingerido á la fuerza cuando aun la blanca Luna reinaba en el espacio.

Todo llega en este mundo.

una mesa los arreos y en el suelo las piezas, encontrando á Cervatana hecho una pieza más.

—¿Qué ha sido de usted, hombre de Dios?—le preguntó su jefe—. ¿Qué cara es esa? ¿Es que vuelve usted *bolo*? ¿Es que no ha cazado usted ni un triste chorlito? Pues la caza no falta por aquí. ¿Verdad, señores? Que lo digan si no (aunque eso quisieran ellos) los quince conejos, las veinte perdices y las tres pollas que hemos traído. ¿Es que no le agrada á usted el monte de las Angustias?

—Las angustias del monte son las que no me agradan—dijo Agapito melancólicamente—. Respeten ustedes mi preocupación, y con ello me dispensarán el mayor de los favores.

—Por respetada...—dijo al unísono el terceto de cazadores allí presente.

Sentáronse todos á la mesa y comenzó al poco rato la comida, durante la cual D. Cenón, D. Juanito y D. Silvestre refirieron la parte de aventura cinegética que respectivamente les había correspondido en la campaña matinal.

Agapito les oía sin parar mientes en lo que hablaban y tan dentro de su preocupación, que más de una vez se llevó el tenedor á una oreja, tapiándosela con arroz, y hasta llegó á echar en el café dos pepinillos por echar dos terrones.

Cuando se disponía el hombre á intervenir en la conversación, haciendo un esfuerzo sobrehumano, surgía en escena la mujer del guarda, recordándole á la modista, ó aparecía sobre el mantel una cazuela con el manjar que mejor condimentaba la Bárbara del Norte, renovándose así los recuerdos y las preocupaciones en su ánimo abatido.

Para los comensales constituía una verdadera contrariedad el ver á Cervatana de aquella manera, pues Agapito había sido siempre un hombre simpático, de conversación amena y de portentosas cualidades de cazador. Pero se resignaban á prescindir de él durante los dos días que habían de permanecer juntos y esperaban que en otra ocasión, disipadas las sombras que envolvían á tan buen amigo, podrían disfrutar de su agradable trato.

Camarón, Rodillo y el dueño de la finca devoraron la paella, el jamón con tomate y el escabeche de besugo que, seguido de queso y café, les había servido la guardesa y se dis-

ha ocurrido ha sido á una legua de aquí, en Villapeluda de Abajo.

—¿Y qué ha sido ello?—preguntaron los cazadores con tibia curiosidad.

—Pues, nada, señoritos; que la mujer del alcalde ha sorprendido á su esposo en carteos con una pindonga de Valdechurrete y...

—¿Y qué?—preguntó Agapito con todos los pelos de punta.

—Que le ha mandado al otro mundo con una badila.

—¡Qué horror!—exclamaron todos los reunidos.

Cervatana palideció... livideció, más bien. Su faz llegó á ser una lechuga con bigotes.

—¡Qué escena más espantosa!—continuó la guardesa—. Me la han contado esta mañana, y entodavía siento palpitaciones en tóito este lao. (Y se señalaba el corazón con una cuchara.)

—¿De modo que el infiel murió á golpes?—preguntó Rodillo.

—Tres y repique le bastaron en mitá de la cabeza pa ir á los infiernos; aonde debían ir too; los que faltan á sus mujeres.

—Tienes mucha razón—la dijo su amo, con el asentimiento de todos.

—Y bien puede dar gracias á Dios desde el infierno de que no le cogió después por su cuenta la querida, que si le coge, le vuelve á matar, por embustero. ¿Pues no la tenía embobá el maldito con que era célite completamente, cuando llevaba casao con la alcaldesa seis años y un pico...?

Agapito no pudo oír más. Le faltaron las fuerzas por completo y cayó desplomado sobre el pavimento, privado de sentido moral y del otro y arrastrando al caer la servilleta y una copa, que se le quedó sirviendo de fanal á su abundante nariz, hasta que, alarmados sus compañeros, levantaron aquel inerte cuerpo, antiestético estuche de un alma infeliz.

Al ruido producido por la catástrofe acudieron los guardas con su hijo, el veterinario, quien, después de pulsar al paciente y percutirle por todos lados, diagnosticó que sufría una afección cardíaca de pronóstico reservado y dos chichones producidos por una patada de la mesa.

No bastó para que Agapito volviera en sí que se lo suplicara su jefe ni que la *Cierva* le lamiese de arriba á abajo. Hubo que conducirlo á Villapeluda, donde tuvo la bondad de entrar en reacción, á pesar de las protestas de los radicales del pueblo, y una vez en condiciones de ponerse en camino, se consideró por todos de absoluta necesidad regresar á Madrid en el primer tren y dar por terminada la expedición.

A las seis de la tarde pasaba un mixto por el apeadero de las Angustias, y en él montaron los cuatro cazadores, después de acomodarse en la perrera á la *Cierva* y á sus compañeros.

Y á las ocho de la siguiente mañana entraba en su hogar el pobre Agapito, acompañado de D. Cenón y sus amigos, que no habían cesado de maldecirle durante el trayecto, y poco después sostenía á solas con su afligida ama de gobierno el diálogo siguiente:

—Señorito: me va usté á refirir mucho, pero le voy á decir la verdad.

—¿Qué ocurre?—preguntó Agapito, ahogándose materialmente.

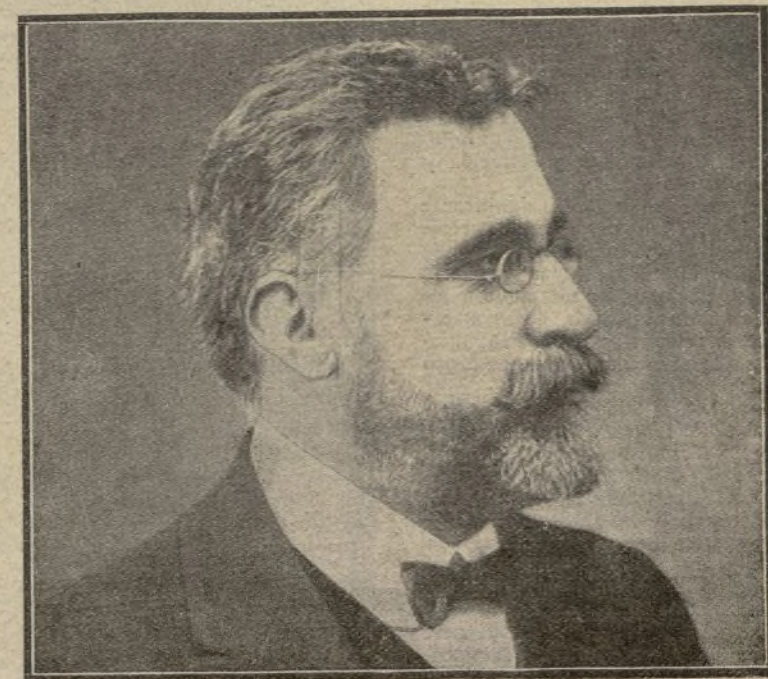
—Que ayer llegué tarde al correo y no eché las cartas que usté dejó...

En toda su aperreada vida había recibido aquella mujer un abrazo de varón tan fuerte y tan prolongado como el que Agapito la propinó en vista de su franca declaración.

El ama quedó con la boca abierta y con pocas esperanzas de volverla á cerrar. Agapito, no sólo rompió las dos cartas, sino que resolvió romper con la modista, y dando tres ósculos á la *Cierva* en el hocico, la dijo radiante de alegría estas palabras:

—¡No olvidaré jamás el monte de las Angustias! ¡En adelante no tendré más mujer que Bárbara ni más Prudencia que tú!

La *Cierva*, como era natural, se encogió de hombros y se acurrucó á los pies de su dueño, quedando ambos entregados á un sueño reparador...



JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

# CATULLE MENDÉS

## SU MUERTE TRAGICA EN UN TUNEL

El poeta enamorado del cielo y del sol, delicado cincelador de toda belleza, pereció de noche en un tren.

Sus miembros ensangrentados se encontraron dispersos en el túnel de Saint-Germain.

Catulle Mendés, vivía en los alrededores de París. Por la mañana ya estaba en los bulevares, y en el último tren volvía a su hotelito.

El domingo último, después de haber asistido a una fiesta aristocrática, llegó a la estación de San Lázaro, tomando pasaje en el tren de las doce y cuarto.

Una corta parada del convoy en el túnel que existe poco antes del punto de destino, hizo suponer al literato insigne que había llegado a Saint-Germain.

Soñoliento, acaso traspuesto en sus quiméricas imaginaciones de artista, saltó fuera del vagón y se desizo el cráneo contra la muralla del túnel, en tanto que el coche continuaba su marcha, despedazando las ruedas el cuerpo del excelso cuentista...

Hasta la mañana siguiente no se descubrió la espantosa desgracia.

La triste nueva produjo en París consternación grandísima y no menos sorpresa.

\*

Catulle Mendés, era el más parisién de los escritores franceses.

Con sus sesenta y ocho años asistía a todos los espectáculos y recepciones del gran mundo. Frecuentaba las tertulias literarias de la gente moza, y su rostro simpático, sus ojos centellantes y sus rizosos cabellos eran muy conocidos en el bulevar.

Su fecundidad literaria permitíale escribir dos ó tres artículos diarios y aún le sobraba tiempo para componer tomos de versos y obras para el teatro, sin abandonar jamás sus costumbres de parisién clásico.

El año pasado hubiera podido celebrar sus bodas de oro con la literatura. En 1858 dirigía una revista, habiendo fundado otra en Burdeos, su ciudad natal, cuando aún era un adolescente.

La prosa del genialísimo literato, príncipe de la crítica, tenía el poderoso encanto de la amenidad dentro del saber absoluto. Sus tomos de versos eran la deliciosa armonía de una orquesta.

Desde la *Novela de una noche*, que publicó en su juventud, á sus producciones últimas *Imperatrice* y *Bacchus*, que serán juzgadas mañana, hay una obra inmensa y delicadísima, bastante á asegurar la gloria de diez novelistas, poetas ó dramaturgos.

Los *Cuentos épicos* y *El sol de media noche* son joyas por la forma y el fondo.

Incomparables novelas pasionales son sus *Historias de amor*, *Méphistophela*, *La casa de la vieja*.

En prosa y en verso publicó muchas preciosas antologías.

Catulle Mendés, crítico dramático de *Le Journal*, obtuvo su consagración completa, revelando un hombre nuevo de gran penetración y autoridad sin límites.

A propósito del más insignificante vodevil, citaba desconocidos precedentes, brillantando el trabajo de crítica con inesperadas y sabias consideraciones, de maravillosa intuición. Sus artículos, obras maestras de retórica y de jovial lirismo, quedarán como un monumento único.

Junto á esta labor de crítico teatral, Catulle Mendés, autor, dió *Medée*, á Sarah Bernardt; *Scarron*, á Coquelin; *Glatigny*, al Odeon; *Casmélite*, á la Opera Cómica, y por último, á Sarah, la *Santa Teresa* célebre.

Pletórico de salud corporal, con el corazón eternamente joven y generoso, Mendés contaba entre sus virtudes, la del entusiasmo.

Intransigente en sus adoraciones, pregonaba los méritos de sus amigos, complaciéndose en anunciar al mundo literario los talentos nuevos. Era apasionado por descubrir los hombres del porvenir. Los famosos, im-



CATULLE MENDÉS, EN EL «BOULEVARD»

portantísimos concursos literarios de *Le Journal*, tuvieron en él un sabio y ardiente propagandista.

El gran diario francés pierde con la muerte del exquisito cronista un asiduo colaborador de quince años y el París literario llora la desaparición de una vida que tanto supo honrarle.

Por no faltar nada á la gloria de Catulle Mendés, tiene su historia de los primeros años de trabajo el perfume literario de una bohemia interesante y simpática, que siempre recordaba con gusto el triunfador de hoy.

En la revista que fundó en su juventud, animados por Baudelaire,

Bauville y Leconte de Lisle, debutó toda una insigne pléyade de ilustres artistas: François Coppé, Sully-Prudhomme, Leon Dierx y como cronista, Jules Claretie. Por eso, con el accidente en el túnel de Saint Germain, no es sólo el gran poeta el que desaparece; es que con él se acaba una edad gloriosísima de la literatura



MAD. JANE CATULLE MENDES, LINDA ESPOSA DEL CÉLEBRE LITERATO

francesa. Mendés estaba separado de su esposa Madame Jane, mujer de peregrina hermosura y de literarias aficiones, que le llevaron á publicar una obra titulada *Cœur magnifique*.

La admiración de ella y la galantería de él juntaron estas dos vidas en el lazo del matrimonio. Poco después, surgieron disensiones que llevaron á los cónyuges á una separación amistosa, sin mundano escándalo, quedando cada uno dueño de su voluntad y en la disposición en que se encuentran casi todos los matrimonios «bien parisienses»— como dice Cadenas.

Bien informado de las causas que motivaron este divorcio amistoso, dice el mismo escritor: «A la sombra de Catulle Mendés, madame Jane se hizo célebre; el poeta la ayudó quedándose siempre detrás de la cortina. Un día ella, embriagada por el incienso de los aplausos, creyó que aquellos elogios que la tributaban, aquellas alabanzas que hacían de ella, la celebridad, en fin, debían á su talento única y exclusivamente, y la admiradora sumisa quiso ser diosa, sintiéndose igual, la ahogó la soberbia y no toleró consejos ni reproches, ni conservó en su alma la gratitud que debía al hombre que la había «lanzado.» Se equivocó madame Jane como se equivocan todas las mujeres que se encuentran en su caso. La escritora, separada de su marido, privada de su dirección, del contacto diario, de sus conversaciones, donde nacían las ideas, comenzó á decaer y hoy á sus conferencias no va un alma, ve recibidos con mucho trabajo sus artículos, y lo que es peor, ciertas puertas abiertas por la admiración al poeta, cerráronse para ella.

Es la historia eterna de todos los menages de artista. En todas las uniones de artistas hay uno que tiene talento y otro que tiene fatuidad. La fatuidad se impone tarde ó temprano, y el soberbio quiere demostrar al mundo que no necesita de nada ni de nadie. Y llega la ruptura.»

Casi ningún periódico español ha dejado de dedicar un largo artículo á Catulle Mendés, colaborador reciente de nuestro colega *El Imparcial*, discordando en el concierto de aclamaciones y duelos, la nota que en el *Heraldo* suscribió Bonafoux, como suya, demoleadora y atrevida.

Según nos asegura Gustavo en *España Nueva*, Madame Jane Catulle Mendés, á pesar de vivir separada de su esposo al ocurrir la muerte, se acordó del precepto yanqui que pone precio á la vida de todo ciudadano que perece en catástrofes y accidentes, y justipreciando el valor de su marido en 600.000 francos, ha pedido esta suma como indemnización á la Compañía ferroviaria en cuya línea sucumbió el maestro.

Quien quiera saber más de Catulle Mendés y de las circunstancias de su muerte trágica, que lea á Gómez Carrillo, completando en *El Imparcial* la artística silueta del insigne—entre los insignes—literato francés, y á Ricardo Blasco, en el mismo periódico, que al noticiar el suceso envió de París una información, modelo en su género.

A este pobre reporter, recopilador humilde del accidente y sus comentarios, no le es lícito opinar ni hacer crítica alguna. Ello fuera una profanación. Recojo, sí, el testimonio de alguien que pudo ver á Catulle Mendés en su lecho de muerte y que dijo, emocionado:

«No obstante, la naturaleza del accidente que le privó de la vida, el grande hombre parecía dormir, advirtiéndose, desde luego, que aquella existencia no fué tronchada por la enfermedad ni consumida por la vejez, sino que desapareció rebosante de salud y en la plenitud del genio. Los ojos azules, la barba y los cabellos de un gris de plata continuaban prestando á la fisonomía del muerto esa avasalladora simpatía, ese aire majestuoso y de bondad que fué siempre un encanto de la persona del poeta.»

Enrique SÁ DEL REY.

# CUENTO DEL EXTRANJERO LA VISITA

Lo primero que se le ocurrió á Margarita al acabar de leer la carta de su padre fué que á nadie podría acontarle semejante aventura.

Margarita era hija de Miguel Dubost. A los tres años quedó huérfana de madre, con su hermanita Leontina, casi de su misma edad.

Durante el día, ambas niñas iban á casa de su tía, regresando al triste hogar á la hora de acostarse.

Pero una noche el papá no pareció por su domicilio y hubo necesidad de que las niñas volvieran junto á su tía, durmiendo en la misma cuna de sus primos.

Al día siguiente todo eran comentarios. Alguien manifestó que Dubost le había dicho que pensaba abandonar á sus hijos.

Miguel tenía veintiocho años, era carpintero de oficio y muy aficionado al vino.

Piadosas damas ocupáronse de la



educación de las hijitas de Dubost, haciéndolas ingresar en un convento en Bourges. Una monja, sor Clotilde, tomó b'en pronto á las niñas especialísimo afecto.

Leontina murió en la pensión sin cumplir los diez años.

En cuanto á Margarita, á los trece años estaba cocada como pastora de un rebaño. Después fué criada de labor, obrera en una fábrica de cartuchos y costurera más tarde en un taller de París.

Cuando la presentamos al lector leyendo la carta de su padre, tenía veintiocho años.

Miguel Dubost no había muerto, como creía su hija. Estaba en París y vendría á abrazar á su hija el domingo á las dos.

¡Qué sorpresas tiene la vida! ¿Cómo había de imaginar Margarita lo que estaba pasando? Lo peor era que la obrerilla salía de paseo todos los domingos con su amiga Luisa Du-



rocher. Por la noche comían juntas, divirtiéndose mucho. ¡No iba á perder el domingo! Nada. Dicho y hecho. Margarita no diría nada á su amiga de la brusca aparición de aquel papá perdido. Así como así, cuanto de malo le había ocurrido á la modista era por el abandono en que la dejara quien le dió el sér. No era cosa de que ahora aquella extraña y anunciada visita le hiciera cambiar de hábitos y costumbres, empezando por privarse de lo que al presente constituía su única distracción: el paseo de los domingos.

Pero quiso la casualidad que se verificara la entrevista del padre y la hija.

Miguel Dubost no vino á las dos como anunciaba en su carta. Llegó á la una. La impaciencia le hizo adelantarse. Había dudado mucho tiempo en la elección del obsequio con que regalar á Margarita. Pensó en un ramo de violetas; pensó en unas naranjas. Cogió estas últimas, por ser algo práctico.

Dubost se presentó vestido de obrero en domingo, con traje negro y un sombrero de fieltro de anchas alas.

Cuando puso las naranjas sobre la mesa, Margarita pudo advertir que su padre tenía las manos gruesas y ordinarias.

Al tomar asiento, Miguel no sabía qué hacer con ellas. Intentó cruzarlas, pero los dedos, deformados por el trabajo, no se adaptaban bien en los intervaos de los otros. Al fin, en una situación embarazosa, el visitante, acabó por esconder sus manos debajo del sombrero. Margarita tenía intenciones de reirse.

La muchacha no podía establecer diferencia alguna entre su padre y un hombre cualquiera.

Dubost tenía el rostro muy encarnado y cubierto de espesa barba, en

la que menudeaban las hebras de plata.

Margarita no quería abrazar á un hombre tan viejo y tan barbudo. Y tampoco decía palabra. De pronto, Miguel rompió el silencio, y señalando á las naranjas que había dejado sobre la mesa, exclamó:

—Te he traído estas naranjas.

Ella fingió sorpresa y dijo gozosa:

—¿Son para mí?

Después cogió las frutas y las puso en un plato que había sobre la chimenea.

La hija había visto á su padre. Satisfecha esta curiosidad, Margarita empezaba á cansarse de la compañía de aquel hombre que hablaba tan poco.

—¿Con que murió la pobre Leontina?—se atrevió á decir Dubost.

—Sí; pero el suceso no es de hoy. Hace quince años—respondió ella.

—¿Y cómo fué la desgracia?

—¿Pero usted cree que puedo saberlo? ¡Yo no tenía más que nueve años! Las monjas del convento son las únicas que pueden darle á usted más noticias.

Hubo un rato de silencio. Margarita pensaba que no iban las cosas tan mal como llegó á imaginarlas. La muchacha temía una escena de lágrimas, que su cuartito alegre se convirtiera en teatro de una escena melodramática, tan fastidiosa, cuando los sentimientos de todos los personajes no se encuentran al mismo diapason.

Margarita quería evitar á toda costa el abrazo tradicional, y ya que no fué al principio, se propuso que no llegara el momento. Para ello, decidió hablar sin tasa.

—¿Cómo ha podido usted saber mi dirección?

—Ha sido mi cuñada, tu tía, la que me dió tus señas.

—¡Ah, sí! ¡La buena tía! Le escribo

todos los años! ¿Y qué hace usted en París?

—Trabajo en el Metropolitano. Cuando abandoné el país entré en una fábrica de Nevers y allí estuve diez años. ¡No sería tan malo mi comportamiento!

Esta fué la única alusión que se hizo al triste pasado.

La campana de un modesto reloj dió dos campanadas.

En los ojos de Margarita brilló un relámpago de alegría. Su amiga Luisa no podía tardar.

Después, Margarita dió á su padre algunos detalles acerca de su vida de costurera.

—Trabajo en un taller; mi maestra se llama la señora Donguichotte.

Llamaron á la puerta. Era la amiga de Margarita. Miguel se condujo como un extraño. Al entrar la joven, abandonó su asiento. Dubost no era hombre á quien agradaran las ceremonias.

—Veo que estorbo—se atrevió á decir sonriendo.

—Es que Luisa y yo tenemos costumbre de pasear juntas los domingos.

Dubost miró con detenida atención á Luisa Durocher.

Era rubia y no iba ataviada con elegancia.

Tenía el aire encogido de una pobre obrerilla, con las espaldas un poco cargadas, como todas las personas que trabajan mucho.

Miguel creyó deber pronunciar algunas palabras en consonancia con su papel de padre, y dijo:

—Hasta a vista, Margarita. Estoy muy contento de haberte visto. Pasead mucho.

Algo temía por sus relaciones, pero veo que tu amiguita preferida es muy formal.

Charles Louis Philippe.





UN SANTO ERMITAÑO EN ORACION.-Cuadro de Ribera.



Bai emos.  
Estamos en pleno reinado de Terpsicore.

Todos los años, por esta época, somos juguete de un encantamiento; un misterioso tocador de flauta, que muy bien puede ser el orgasmo o recurso de la primavera médica, nos compele á danzar al son de su instrumento mágico, sin distinción de sexos ni de edades.

Con los bailes infantiles alternan los de adultos ó de *adulteros*, como decía un popular banquero, y sociedades serias como el Círculo de Escritores y Artistas, el de Bellas Artes y el Mercantil, rivalizan en la organización de los suyos, célebres por lo fastuosos.

No desconfío en que el año menos pensado, la Academia de Jurisprudencia, el Ateneo y la Academia Española, salgan haciendo la competencia, con sendos bailes de máscaras, á La Bagatela, e. Forty Club y La Tarántula.

Y acaso algún diputado de buen humor sa'ga pidiendo que también den el suyo los Cuerpos Colegisladores.

No estaría mal un baile del Senado; muchos abuelos de la Patria se re'amerían los hocicos de gusto, como vulgarmente se dice.

Tampoco faltarían danzantes en el Congreso.

Extraoficialmente ya se ven en los bailes de máscaras muchos diputados y senadores.

Estos días, al que no baila, se le van á las piernás.

Terpsicore se complace en trastornar el orden social y hacemos danzar á todos al compás cadencioso de su tirso.

La paz de los hogares se turba con injustificadas ausencias nocturnas de los esposos; con las insistentes súplicas de las mujeres; y de las hijas para que aquél os las llven á primera hora á los bailes del Real, para ver el pintoresco aspecto de la sala, que aun á primera hora suele ofrecer, á los ojos castos de madres y de niñas, detalles más pintorescos de los que buscaban.

Los empleados van á las oficinas mucho más tarde que de costumbre, é interrumpen el trabajo para contarse las aventuras galantes de la noche, con todos sus pelos y se'fiales.

Las modistas se duermen sobre la labor, en los talleres.

Muchas doncellas del servicio se despiden bajo cualquier fútil pretexto de las casas cuando llegan los

bailes, y al cabo de los meses, lo jocundo poder el de Terpsicore!, vuelven á pretender entrar de amas de cría.

Po algo dice el refrán que: *de la danza sale la panza*.

Por las calles se ven multitud de ojos femeninos ojerosos y de narices masculinas irritadas.

Los *confetti* llegan hasta el río conducidos entre la ropa sucia por las lavanderas, y se deslizan en el puchero desde la enmarañada cabellera de las menegildas.

Las excusas de los padres de familia para echar la canita al aire, suelen diferir muy poco unas de otras: unos están de guardia en el cuartel ó en la oficina; otros han sido invitados á una cacería; otros enferman gravemente á un amigo, pero el menor detalle descubre la coartada y les pone en ridículo ante sus esposas.

—Vengo reventado, me voy á acostar; no sabes la noche que nos ha dado el pobre Gutiérrez; toda en un grito y teniendo que renovar

cada media hora las cataplasmas.  
—Todo sea por Dios.

—Yo creo que no sale de hoy. ¡Pobrecillo!

—Oye.

—¡Qué!

—¿Dónde tienes el peto de franela que llevabas debajo de la camisa para el catarro?

—¿El peto?... El pe... Me lo habrán robado al subir al tranvía.

Y ya pueden ustedes figurarse la que se arma.

Todas las vulgares historias de

amor comienzan en un baile de máscaras. Los palcos del Real y de la Zuzuela son los altares del dios Momo, e i que han hecho su primera comunión todas las vírgenes locas.

Bailemos; estamos en pleno reinado de Terpsicore.

Al fin y al cabo, la vida es un fandango que cada uno baila al son que le tocan.

El secreto está en ser de la música, porque la música no baila.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.  
(Dibujos de TOVAR.)



NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—En las planas primera, segunda y tercera del número próximo.

LA VAMPIRESA

...a narración de E. Ramírez Ángel.

El número próximo constará de 16 páginas.

GRANDES MEJORAS

Amplia información fotográfica.

# LA PÉRDIDA DEL "REPUBLIC".--Dos mil vidas salvadas por la telegrafía sin hilos.--Cómo ocurrió el naufragio.

En la madrugada del sábado 23 del pasado Enero, durante una espesísima niebla, el gigantesco trasatlántico de la línea White Star (Es-



MR. BINS, TELEGRAFISTA DEL «REPUBLIC», QUE SALVÓ Á TODA LA TRIPULACIÓN Y PASAJEROS, GRACIAS Á SU SANGRE FRÍA

trella Blanca), llamado Republic, que salía de Nueva York con dirección al Mediterráneo, con escala en Gi-

braltar, Nápoles y demás puntos de Levante, fué embestido con violencia al Sur de Nantucket, unas 175 millas distantes de Nueva York, por el paquete del Lloyd Italiano, Florida, el cual procedía de Nápoles en viaje para Nueva York.

Ambos buques sufrieron gravísimas averías, viéndose en peligro de hundirse por momentos; pero los mensajes enviados por el tégrafo sin hilos por el Republic, pidiendo socorro, trajeron al lugar del choque una flota de trasatlánticos, guardacostas de los Estados Unidos y otros buques para prestar asistencia.

Todos los pasajeros y tripulantes de ambos buques fueron transbordados, sanos y salvos, al Baltic, también éste de la línea White Star, el cual fué el primer buque grande que llegó á prestar auxilio.

El Republic tenía á su bordo 211 pasajeros de primera clase y 350 emigrantes; además llevaba un cargamento de provisiones, valuado en 10.000 duros, para la escuadra norteamericana que estaba fondeada en Gibraltar.

El Florida conducía unos 800 emigrantes italianos, los cuales procedían de los lugares devastados por los últimos terremotos de Italia. Las tripulaciones de ambos buques se componían de unos 300 y 250 hombres respectivamente. Las desgracias personales fueron una mujer y un hombre, pasajeros de primera clase del Republic, y cuatro emigrantes del Florida; todos ellos fueron muertos instantáneamente en el momento del choque.

El choque ocurrió entre las cinco y seis de la mañana del día 23, durante una espesa niebla que á la sazón reinaba. El capitán Sealby, del Republic, estaba en el puente en aquel momento. De repente, de entre la niebla se oyeron una infinidad de silbidos. El capitán Sealby contestó con la señal de peligro, pero antes

de que ambos buques pudieran amenorar su marcha, el Florida embistió con furia al Republic.

Los compartimentos estancos del Republic fueron cerrados en el acto, y todas las bombas del buque empezaron á funcionar para achicar el agua que entraba á torrentes por el boquete abierto en el departamento de máquinas; el capitán Sealby, después de un ligero examen, comprendió que su buque no podía mantenerse á flote por mucho tiempo. Al instante la señal «C. Q. D.», que significa «¡Socorro! Nos estamos hundiendo» fué lanzada al espacio por la telegrafía sin hilos, siguiendo después el nombre del Republic y demás detalles de su peligrosa posición.

La señal telegráfica fué inmediatamente recogida en Nueva York, en el arsenal de Charlestown, en la estación naval de Provincetown, Massachusetts, y por los vapores Baltic, de la misma casa, y La Lorraine, de la línea francesa.

Después otros despachos fueron recogidos por los trasatlánticos Lusitania, de la Cunard; New York, de la American; Yurnessia, de la Anchor línea, y Seneca, de la Línea Ward.

A tenor de estos despachos urgentísimos, siguió una emocionante carrera para prestar auxilios.

Remolcadores y guardacostas salieron precipitadamente de Nueva York y de todos los puntos donde había puestos á lo largo de Connecticut, Rhode Island y costa de Massachusetts. Los primeros en llegar al sitio en que se hallaban los buques con averías, fueron los guardacostas del Gobierno, Acushnet, Onondaga y Graham.

Como cada vez era más seria la situación del Republic, se decidió transbordar el pasaje al Florida, lo cual ya estaba casi efectuado, cuando llegó el Baltic. Apenas había el Florida emprendido la marcha para Nueva York, con su doble complemento de pasajeros, vióse que su

estado era también grave, y por lo que pudiera ocurrir, todos los pasajeros fueron transbordados al Baltic.

La mayoría de los pasajeros de ambos buques estaban durmiendo cuando ocurrió el accidente, pero les despertó la fuerte sacudida y se precipitaron, como pudieron, sobre cubierta.

Entre los pasajeros del Republic, que se contaban algunos millonarios yanquis, hubo alguna alarma, pero el capitán Sealby pronto calmó los ánimos y se comportaron todos excelentemente. Los oficiales del Florida tuvieron peor suerte, porque los emigrantes italianos fueron presa del pánico, el capitán tuvo que ser obligado á usar su revólver, puesto que los emigrantes no permitían el transbordo de los pasajeros del Republic, porque temían, ante tantísimas criaturas, perecer todos juntos.

M. MARTINEZ.

Gibraltar. Febrero, 1909.



INSTANTÁNEA OBTENIDA EN EL LUGAR DE LA CATÁSTROFE.—DE DERECHA Á IZQUIERDA: «LE REPUBLIC», «LUSITANIA» Y «NEW-YORK»

(Fotografías Deltus.)

tra del que ataca, hay que parar con el brazo izquierdo y hacer la llave con el derecho.

Otro de los golpes consiste en la parada y respuesta de un puntapié dirigido á las piernas.

Al recibir un puntapié en las piernas, ya sea con el talón, ya con la punta, estando con la pierna izquierda adelantada, se debe al punto variar la guardia.

Y si es la pierna derecha la que primero se presenta, se hace en sentido inverso el mismo movimiento.



Parada de un puntapié dirigido á las piernas



Segundo tiempo del mismo ataque.

Para esquivar un puñetazo dirigido al rostro, se esquiva la cabeza pasando bajo el brazo del que ataca. Al propio tiempo se le inmoviliza el brazo libre, á fin de evitar un golpe en el costado. Tiéndase, en fin, á desequilibrarle con golpes en las piernas. Las llaves al brazo son los golpes de que más se hace uso en el ejercicio de lucha del jiu-jitsu.

La explicación de otros muchos ataques con sus paradas respectivas, darían á este folleto unas proporciones que no convienen á nuestro propósito, limitado no más que á hacer unas breves consideraciones acerca de la importancia é historia del sistema de lucha que popularizó en España el profesor Raku.



Quinto tiempo del mismo ataque.



Sexto tiempo del mismo ataque.

Tal es el quinto tiempo del tercer ataque que, como hemos dicho, tiene seis, siendo el último como sigue: Así el puño izquierdo, plegar el brazo, introducir el antebrazo derecho entre el antebrazo y el biceps del adversario, apoyar el puño derecho sobre su propio puño izquierdo y hacer palanca de manera que el puño del adversario sea vuelto hacia atrás. Este es un golpe terrible inventado por el profesor Re Nié.

Cuarto ataque.—Si el adversario intenta cogeros por la garganta, es preciso ejecutar un tiempo vigoroso sobre cada uno de los puños haciendo una ligera



Si el adversario intenta cogeros por la garganta.



Segundo tiempo del mismo ataque.

## EL GRAN DUQUE WLADIMIRO



TÍO DEL EMPERADOR DE RUSIA, FÉROZ AUTÓCRATA, ENEMIGO DE TODO MOVIMIENTO CONSTITUCIONAL, MUERTO EN SAN PETERSBURGO EL 17 DEL ACTUAL, Á LOS SESENTA Y DOS AÑOS  
(Fotografía Alfonso.)

## EL HOMBRE ACERICO



CHARLES DULOP, QUE HA LOGRADO PUNZAR SU CUERPO CON LARGAS AGUJAS SIN QUE LE PRODUZCAN DOLOR ALGUNO, Y QUE SE EXHIBE ACTUALMENTE EN LONDRES (Fot. Dellus.)

contracción con el cuerpo hacia atrás. Es necesario que se procure llevar los brazos del enemigo por encima de su cabeza.

En el segundo tiempo, se deja libre la mano izquierda del asaltante y se le coge el puño derecho con las dos manos.

Es indispensable que se proceda con rapidez al pasar el codo izquierdo por encima del brazo del adversario.

Este movimiento produce una torsión dolorosísima que obliga al enemigo á echar el cuerpo hacia delante.



Cómo se para la agresión con un puñal.

Segundo tiempo del mismo ataque.

Su pecho viene entonces á tocar con la cabeza del que se defiende, y necesariamente se queda sin defensa, imposibilitado de hacer ningún movimiento.

Parar una puñalada, estando los dos individuos en la misma guardia y viniendo el golpe de arriba á abajo.

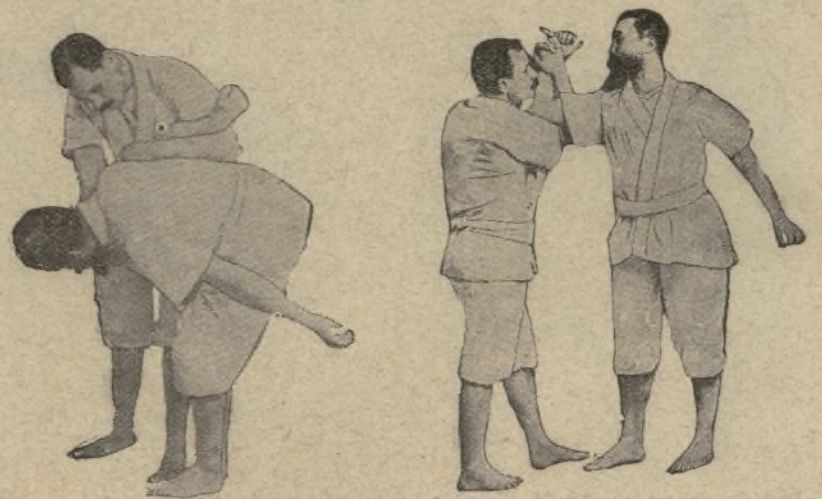
En este caso se hace la parada con el antebrazo operando sobre el del adversario.

Después, con la mano derecha, se coge el puño derecho del que ataca, se avanza un paso con el pie izquierdo y se pasa la mano izquierda por detrás del antebrazo para cogerse á sí mismo el puño derecho.

Ya no hay más que forzar la llave para desarmar al más fuerte, haciendo que suelte el cuchillo.

El tercer tiempo explica otra «respuesta» para el mismo ataque.

Después de haber logrado apoderarse del puño del adversario, en vez de parar la llave, colocar la palma de mano izquierda sobre el codo del asaltante. Elevar, al mismo tiempo que se abate, el puño para producir sobre el brazo un movimiento de báscula de alto á abajo que obliga al que lo sufre á encorbarse hacia adelante.



Tercer tiempo del mismo ataque.

Parada del mismo ataque en guardia contraria.

Forzar en seguida su brazo sobre el vuestro y hacer flexión, buscando en la espalda el punto de apoyo, para de este modo conseguir apresar por la garganta al que os ataca, apoyándole el codo sobre el pecho. No hay más que apretar un poco y el sufrimiento vivísimo pone al enemigo fuera de combate, quedando á vuestra merced.

Es este uno de los más certeros golpes que hay en la práctica defensiva del jiu-jitsu.

Parar una puñalada estando los adversarios en guardia contraria.

Si estando á la izquierda, se nos amenaza con un cuchillo que empuña la diestra,

# MESA REVUELTA

## Advertencia muy importante. Nuestras novelas cortas.

Las oficinas de LA SEMANA ILUSTRADA se han instalado definitivamente en la calle de la Colegiata, número 7, casa del Heraldo.

Al nuevo domicilio, para obtener la unificación de servicios indispensable, se han trasladado también nuestros talleres de tipografía, estereotipia y fotograbado.

Dos de las tres grandes rotativas en que se tira LA SEMANA ILUSTRADA ya están funcionando en el local, pero todavía falta por desmontar, trasladar y montar aquí nuevamente la máquina rotativa especial para colores. Durante el tiempo que se emplee en esta operación, nos veremos obligados a sustituir las planas policromas que venimos publicando todos los números por otras en bicolor.

Nada perderán los lectores con este cambio provisional de confección periodística, que sólo durará cuatro ó cinco números, pues no tan sólo mejoraremos los grabados, dibujos, fotografías y texto, sino que además ofreceremos 16 páginas en vez de las 12 corrientes.

Ni este ni otros sacrificios bastan a corresponder al favor que el público nos dispensa. La razón única de la mudanza costosísima que estamos realizando, es lograr para nuestras completas tareas artísticas y mecánicas una mayor perfección y rapidez. Si lo conseguimos, ¿quién podrá disputarnos la primacía en la Prensa gráfica popular y económica de España?

### SEGUIDILLAS

Dices que te despiertas cuando amaneca, mas para mí, seriana, lo que sucede, es que el sol sale cuando tú, perezosa, los ojos abres.

\*

De tu pelo sedoso los áureos rizos son el más peligroso de tus hechizos, porque se quedan presos los corazones, enredados en esos tirabuzones.

\*

La mujer y la rosa son parecidas, pues de ambas la hermosura guardan espinas; uñas y dientes son espinas temibles en las mujeres.

Rafael MAROTO.

Colecciones artísticas de LA SEMANA ILUSTRADA

### JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO

### CUADROS PUBLICADOS

#### Serie Velázquez.

- 1.—Los borrachos.
- 2.—La fragua de Vulcano.
- 3.—Mercurio y Argos.
- 4.—La rendición de Breda.
- 5.—Las Meninas.
- 6.—La coronación de la Virgen.
- 7.—San Antonio y San Pablo.
- 8.—El bobo de Coria.

#### Serie Murillo.

- 1.—La adoración de los pastores.
- 2.—La virgen del Rosario.
- 3.—La Purísima Concepción.

#### Serie Ribera.

- 1.—Un santo ermitaño en oración.

La brillante serie de «novelas cortas» que ha inaugurado LA SEMANA ILUSTRADA, merece coleccionarse por nuestros lectores.

Estas interesantísimas é inéditas narraciones están llamadas a alcanzar cada día mayor éxito. Así es que conviene solicitar sin demora de nuestra Administración los números atrasados que faltan.

Hasta ahora van publicadas las siguientes novelas, que pueden adquirirse, con sus números respectivos, al precio corriente de diez céntimos

- 1.—La hía de Dos, por José Rocamora.
- 2.—El amor y el mar, por Rafael López de Haro.
- 3.—El primer olvido, por Gustavo Vivero.
- 4.—Los perseguidos, por Parmeno.
- 5.—La vida rota, por José Francés.
- 6.—El monte de las Angustias, por Juan Pérez Zúñiga.

Seguirán «Novelas cortas» por Joaquín Dicenta, Jacinto Benavente, Condesa de Pardo Bazán, Jacinto Octavio Picón, Pedro de Répide, Benito Pérez Galdós, Eugenio Sellés, José Ortega Munilla, Azorín, José Francos Rodríguez, Ruben Dario, Enrique López Alarcón, Manuel Linares Rivas, Luis de Tapia, Manuel Bueno, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero Vicente Blasco Ibáñez, Luis Bello, Antonio Cortón, Francisco Acebal, Manuel Machado, etc., etc.

La «Novela corta» vale por sí sola más de los diez céntimos á que se expende A SEMANA ILUSTRADA.

### CURIOSIDADES

Fotografías gigantes. Parvum, buen fotógrafo de Londres, ha hecho montar en un automóvil la gigantesca cámara que representa nuestro grabado.



Su objeto es tomar vistas de cualquier tamaño y tan llenas de vida, que el artista se propone vender las copias á mil duros cada una.

El aparato ocupa la mitad del automóvil. Será, pues, preciso para revelarlas que se disponga de un cuarto obscuro, en donde quepan las placas monstruosas.

Un ingeniero en miniatura. —No hay duda de que el niño Marvin Wilhinson es el ingeniero más joven del mundo.



Solo cuenta once años de edad y se dedica, no obstante, al manejo de una poderosa máquina trilladora. Con ella cuida los extensos dominios de su padre en tierra de Norte América, y lleva un año ejerciendo de fogonero, engrasador y maquinista, todo en una pieza y sin que hasta la fecha haya sufrido accidente alguno.

## ESPAÑA EN FRANCIA

Véase el grabado que reproducimos de *Les faits divers illustrés*, y véase también el epígrafe que traducimos lo más fielmente posible:



«Don Alfonso y su esposa paseaban en automóvil por las calles de Madrid. Llegaron á un sitio en que es á prohibido el paso de los autos. El *chaffeur* enfiló el paseo, pero un agente, esclavo de su consigna, impidió que siguiera adelante el coche regio.

El Monarca descendió del automóvil, felicitó cordialmente al policía, y ofreciendo el brazo á la Reina, continuó á pie su camino.»  
Ante estos fantásticos relatos que hace á menudo la Prensa francesa sobre las cosas de España, huelgan los comentarios.

### EL COLMO DEL INVENTO

Un ciudadano yanqui—necesariamente tenía que serlo—es el inventor de un aparatito al que, aplicando el calor de una vela sólo por unos segundos, opera de tal suerte que levanta á un hombre, según puede verse en el grabado que publicamos.

La máquina es conocida por el «regitheom», y su verdadera utilidad consiste en la graduación de las temperaturas, cerrando y abriendo los flujos de los hornos y estufas.



### A LA PUERTA DE APOLO



El vendedor. ¡Las bribonas!

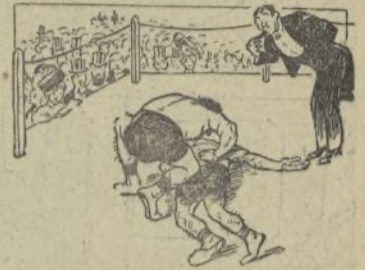
## Diferentes clases de averías



Las que sufre el *chaffeur* no muy sencillas que digamos.



Como asimismo las del *jockey* también son «de abrigo.»



Las del *boxeador* «hay que verla despacio.»



Figurando entre las más suaves de los discípulos de Baco.



Ciertamente, menos importantes, que las de un marido Juan Lanas.



Pero entre todas las averías que pueden sufrir los mortales, ninguna como las padecidas por el pobre editor.

(Le Pêle Mêle.)

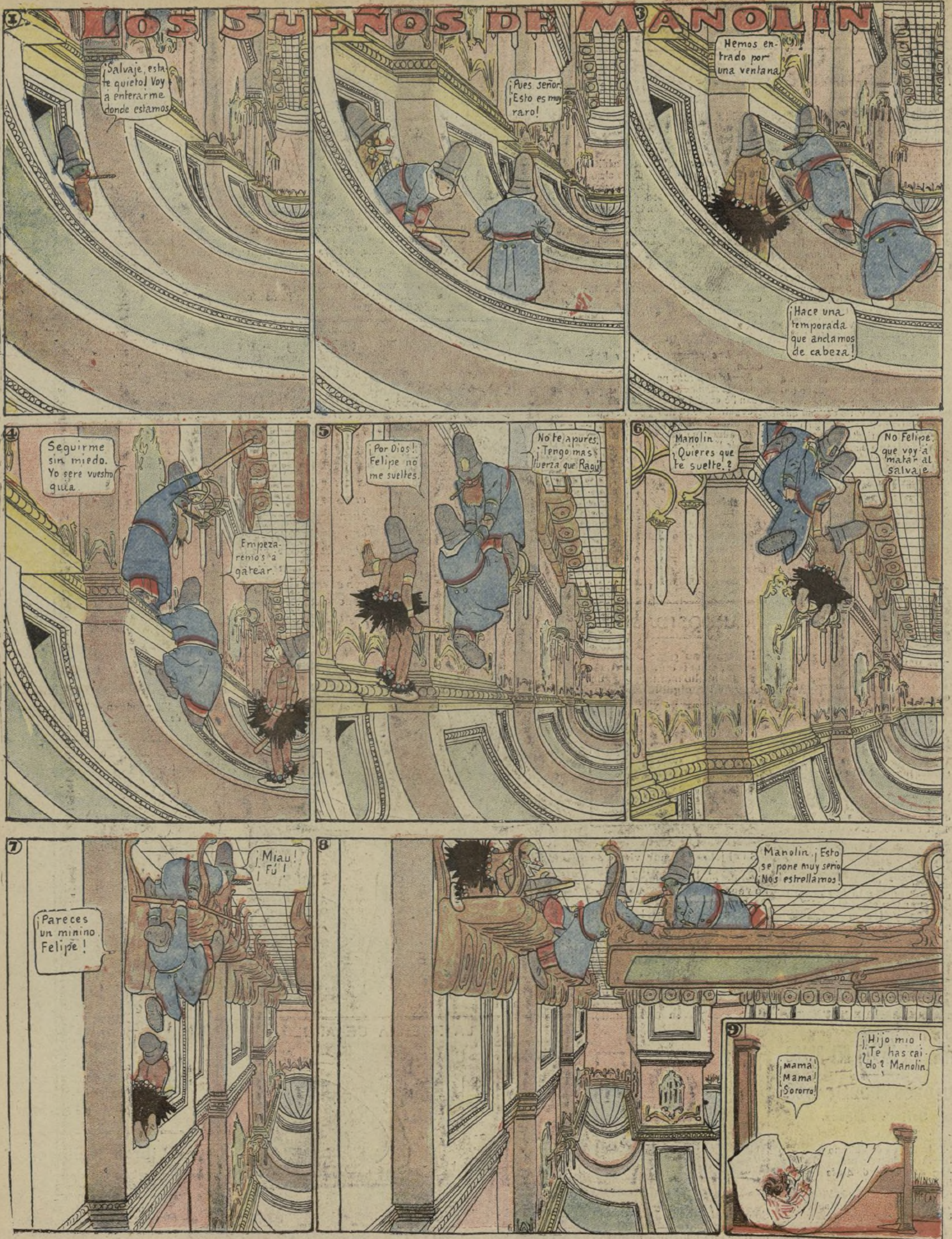
### Libros recibidos.

Los ingleses vistos por un latino. Impresiones de viaje, por Federico Rahola. «Colección Diamante». Antonio López editor, Barcelona.

Apuntes sobre la Real Academia de Declamación y Buenas Letras de Málaga, por J. P. B.

Miedo, por José Francés. Madrid, Sociología política, conservadores y liberales, por el doctor F. Carera y Justiz, Habana.

Proyecto de Asilos agrícolas colonizadores, por Tomás Costa Martínez, jefe provincial de Fomento, Toledo.



Originales propiedad del «NEW YORK HERALD»;

Impreso en máquina rotativa especial para colores.—Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, núm. 31. Madrid.